

un
espectáculo
inolvidable
que
interpreta
y vive
toda
una ciudad

EL "MISTERI" DE ELCHE

por
josé monleón

El cortejo sale de la iglesia de San Sebastián, en donde, según la tradición, estuvo la imagen de la Virgen traída por los pescadores de Santa Pola hasta construirse su actual Basílica. El Misteri va a comenzar.





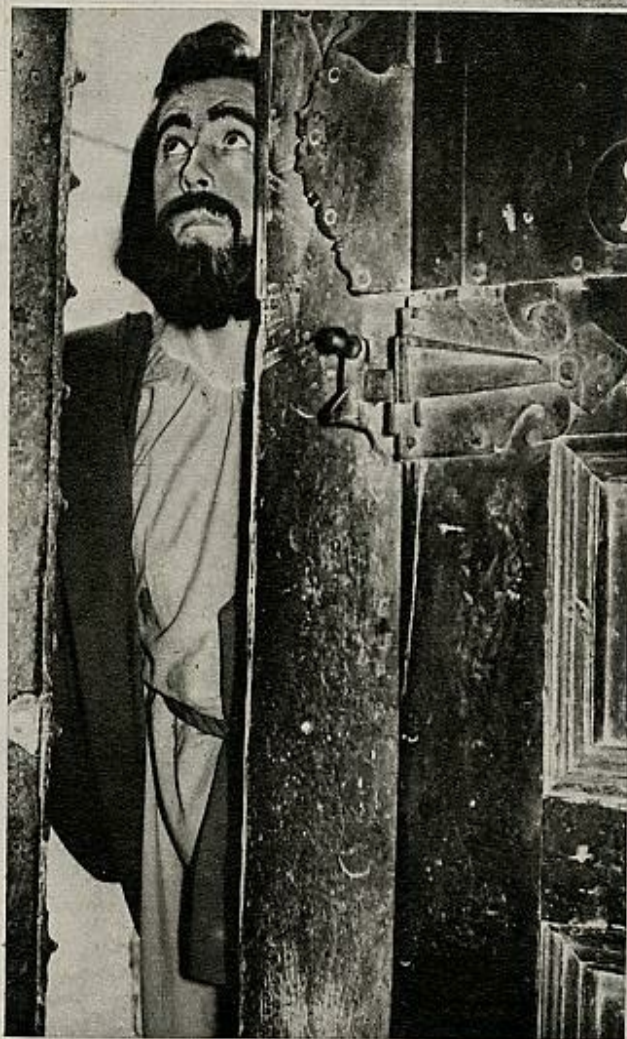
¿En qué ciudad valenciana es concebible una fiesta sin su banda? Los actores del Misteri van a la iglesia acompañados por la música. Suenan algunas tracas.

PARA los que nos hemos acostumbrado al vivir ordenado de Madrid, donde todas las tormentas andan siempre soportadas, la vida veraniega de las costas de Alicante constituye un espectáculo inolvidable. Bajando desde Valencia, al llegar a Benidorm se pierde ya el sentido de lo insólito. Todo es posible. Por ejemplo, que, sujeto a un algarrobo, aparezca un cartelón que anuncia «Texas City». Y que, unos metros más adelante, Texas City sea un bar de carretera construido con unos cuantos maderos. O que, en pleno monte, entre almendros, un letrero diga en alemán que aquéllos son unos magníficos solares para construirse casitas y pasar las vacaciones. O que un tipo, en lo alto de una escalera, pinte, con regusto y encantado, en una valla el nombre de un «Gran Hotel» cuya construcción no ha pasado de los cimientos... Da la impresión de que el indígena se encuentra feliz con este aluvión de extranjeros, que traen dinero, andan por la ciudad con unos pantalones muy cortitos y pulverizan rápidamente la mojigatería del Levante. En otras palabras, que el espíritu mercantil, el gusto por lo aparatoso y el sentido del humor que caracterizan a las gentes de esta franja mediterránea, se hallan eufóricamente aplicados a la trata y trato del turista.

No escribo todo esto por hacer gratuitamente un poco de literatura de viajes. Por el contrario creo —y lo digo sin ningún ánimo irreverente, sino para mejor ordenar mis impresiones ante el lector— que este viaje resulta —por sus armonías y disonancias con el «espectáculo» del Misteri— una aprovechada introducción a las indescriptibles jornadas de Elche.

Porque la verdad es que en Elche vuelve a encontrarse esa singular actitud que caracteriza a un levantino en pie de fiesta. Y fiesta es la representación del Misteri, espectáculo hecho por toda una ciudad.

En Elche conservan como una reliquia un comentario de Eugenio d'Ors, en el que éste afirmaba que, después de haber oído a Sarah Bernhardt, asistido a las representaciones de Salzburgo, a **SIGUE**



Santo Tomás, el último en llegar. Entonará cánticos desesperados por no haberse encontrado allí al tiempo que los otros. Mirará hacia arriba, hacia el cadafal —el escenario—, hacia la granada abierta que cuelga del escotillón.



EL "MISTERI" DE ELCHE

los montajes de Reinhardt, al Hamlet de Zacconi, a la primera temporada parisina de los Ballets Rusos, podía asegurar que no había nada tan emocionante como una representación del Misteri. No parece nada desorbitada esta afirmación, si somos capaces de apurar todas las suscitaciones que encierra el fenómeno. Entre otras, la de que se trata, probablemente, del único Misteri que sigue representándose en el interior de una iglesia, con supervivencia de multitud de capítulos del viejo teatro medieval.

Pero éste es sólo el primer punto. A la relación entre el teatro y la Iglesia, rota violentamente después, cuando el primero escapó a las funciones ceremoniales que le imponía la segunda, añade el Misteri un valor esencial: la relación entre el Pueblo y el Teatro, lograda entonces a través de la Iglesia. El Misteri es, en este sentido, por lo que tiene de participación comunal, un ejemplo increíble de teatro popular, de teatro hecho por el pueblo.

Respecto al texto y la música, renuncio a una síntesis ordenada de la larga y completa explicación erudita que figura en una especie de libro-programa. El culto a la Asunción se remonta, según tales datos, al siglo XIII, a raíz de conquistar la ciudad a los árabes. Desde entonces hasta la fijación del espectáculo actual hay una larga **SIGUE** peripecia, a la que no es ajena las «posibilidades escenográficas».

Del escotillón baja el Aracell con varios ángeles cantando. Es una bajada impresionante. La cúpula está altísima y los actores descienden desde lo alto lentamente. En un momento —el de la Coronación— llega a haber dos plataformas.

El Misteri consta de dos partes, cada una de las cuales se representan en una jornada. Es el momento de la adoración de la Virgen, muerta tras ver reunidos a los Apóstoles. El niño ha sido sustituido por la imagen yacente.





El cortejo avanza por el andador. Entonan sus cánticos entre el silencio del público. A veces, gesticulan con animación, sintiéndose, absolutamente, actores de un drama. Los electricistas dan luz al pasillo central.



La gente contempla, un tanto impresionada, este teatro aéreo que discurre entre música de arpas. Hay quien agacha la cabeza, hay quien aprieta los dientes, hay señora que suspende la refrigeración del abanico...



Una monja mira hacia arriba. La otra profiere rezar con los ojos cerrados. Los «actores-cantores» andan por los aires, cerca de la cúpula, cantando sus viejas estrofas valencianas de la Coronación de la patrona de Elche.



Ha empezado el Misteri. Abiertas las puertas de la Iglesia, entra la Virgen acompañada de las otras dos Marías y de su séquito. Antonio, doce años, dice los primeros versos valencianos en un maravilloso canto mozárabe.



En el Misteri —espectáculo que salvo las prohibiciones eclesiásticas—, no salen mujeres. La Virgen y otros personajes femeninos corren a cargo de muchachos de doce o trece años. Muchachos de voces atipladas y piel tostada por el campo.



El Misteri ha terminado. Se desanda el camino y todos vuelven a la iglesia de San Sebastián. Es la hora de limpiarse el sudor y quitarse barbas y apliques. Los niños, las tres Marías y su séquito, cuelgan en la percha la corona y el manto.

cas» de las distintas iglesias que, a lo largo de los siglos, han cobijado la representación del Misteri. El escotillón superior, por el que son descolgados numerosos personajes, y hacia el que, finalmente, asciende la Virgen, es fundamental en el juego escénico del Misteri actual...

Si quiero señalar, a título de espectador, que se advierte claramente que el Misteri procede de diversas épocas y que hubo de someterse a diversas circunstancias. Hay, quizá para salvarse de las prohibiciones de representar teatro en las iglesias y poder ganar la autorización definitiva —que hubo de ser una bula papal, en lucha con las prohibiciones de los superiores inmediatos, entre los que, al parecer, dio especial guerra el de Orihuela— unas frases de remansamiento dramático, de cánticos laudatorios, que parecen superpuestas a otras, animadas, de gran teatralidad, de acción viva, de aparatosas reacciones de los personajes. También en la composición coral se advierten estas acumulaciones. Hay líneas melódicas mozárabes, de impresionante belleza; cantos andaluces, con reminiscencias de fandango, y composiciones corales que entran ya dentro de la tradición litúrgica latina. Con todo, una cosa resulta evidente: la «nacionalidad» del Misteri. Una vena popular —quizá porque los intérpretes han sido siempre gentes de Elche y es de presumir que hayan «popularizado» cualquier fragmento inicialmente extraño— una armonía con la vida del Levante español —en el texto, en su música árabe con clima de «albaes», en su escenografía barroca y pirotécnica, en sus culminaciones sonoras de campanas, tracas, gritos y banda municipal— cruza el Misteri de punta a cabo. Un Misteri de versos ingenuos, hechos con el mismo encanto que los del Mio Cid, o los del buen Arcipreste... **FIN**